

Cultura y Naturaleza en neurosemántica epistémica¹

MAURICE TOUSSAINT²
Universidad de Extremadura

Resumen

La neurosemántica epistémica, una lingüística cognitiva procedente de la psicomecánica del lenguaje, desemboca en una constatación: la micromorfogénesis del sentido produce sistemas que tienen la misma forma quiasmática que las operaciones del *pensamiento productivo* en sus avances culturales.

Abstract

Epistemic Neurosemantics, a form of Cognitive Linguistics, stemming from Psychomechanics of Language, results in this observation: the micromorphogenesis of meaning produces systems having the same chiasmatic form as the operations of the *productive thinking* in its cultural advances.

1. Introducción

1.1. La neurosemántica epistémica, una lingüística cognitiva

«Lingüística cognitiva» no es un sinónimo de «lingüística cognitivista», confusión terminológica muy persistente en Francia. La lingüística de la que aquí hablaremos podría ser llamada «enactiva» o «enaccionista». Habría que situarla en el tercer círculo concéntrico del gráfico clasificatorio de Francisco Varela (1993: 33), en donde el neurobiólogo colocaba, entre otras ciencias cognitivas, la epistemológica genética de Piaget. La palabra *cognitivista* vacila entre un valor de hiperónimo y un acto de fagocitosis. Se debe, sin hablar de un cierto desconocimiento, a que la lingüística cognitivista es, en la historiografía americana, la primera lingüística cognitiva y también

¹ Traducción del francés realizada por Concepción Hermosilla Álvarez, Universidad de Extremadura.

² E-mail: toussain@ext.jussieu.fr

la que ha conocido la expansión internacional más amplia. Para evitar malentendidos frecuentes y la gran proximidad de los significantes *cognitiva* y *cognitivista*, he optado por llamar «neurolingüística epistémica» a lo que anteriormente denominaba «neurolingüística analítica», forma monista de la psicomecánica del lenguaje de Gustave Guillaume. Por tanto, *epistémico* es el sustituto de *cognitivo*.

Pero he elegido igualmente esta palabra como en una especie de homenaje a Jean Piaget. André Jacob y Philippe Geneste han subrayado el paralelismo entre estos dos constructivismos: el de Piaget y el de Guillaume (Jacob 1970, Geneste 1987). La neurosemántica epistémica, procedente de uno, encuentra el otro. Más ligada al lingüista, aunque de forma crítica, desemboca en una contestación parcial e indirecta de los trabajos del psicólogo, quien infravalora demasiado los primeros estadios del desarrollo, preocupado como estaba por sacar a la luz la *génesis de las estructuras lógicas*. Sin embargo, de forma comparable a la epistemología genética de Piaget, pero en una escala muy diferente del tiempo y en otro dominio -el de la semántica-, la neurolingüística epistémica se ha centrado en poner de relieve prioritariamente dos estados de diferenciación en el transcurso de la morfogénesis de la pareja epistémica sujeto/objeto, matriz oscilatoria de los sistemas que constituyen las lenguas. En cuanto al prefijo *neuro*, delante de *lingüística* o *semántica*, no corresponde a una importación a la lingüística de conceptos neurológicos, sino que es simplemente la marca de una opción filosófica y científica, mediante la que expreso mi oposición explícita a lo que hay de dualismo espiritualista en la *psico-mecánica* de Guillaume, quien consideraba (*passim*) el plano de los significantes como «físico» y el de los significados como perteneciente a lo «afísico». Si este dualismo hubiera carecido de consecuencias en la modelización, hubiera sido superfluo tenerlo en cuenta.

1.2. Ciencias de la cultura *versus* ciencias de la naturaleza

La cognición es un fenómeno biológico, social, cultural. La neurosemántica epistémica, que aparentemente da la espalda a las ciencias de la cultura, podría ciertamente esclarecerlas.

Para discutir acerca de esta relación conflictiva y crucial, sólo consideraré, en tanto que lingüista, una de las ciencias de la cognición, la lingüística cognitiva. Sabemos que las investigaciones en ciencias cognitivas se hacen en nombre de la «naturalización de la fenomenología» (Petitot *et alii*. ed. 2002). Con precaución o premura, todo investigador en lingüística cognitiva dirige su mirada hacia este horizonte. Quien, en los años 60, propuso una teoría neurosemántica sólo puede compartir la orientación y las esperanzas actuales de las ciencias de la cognición. Sin embargo, no hago mía esa formulación por medio de la cual se las caracteriza.

Primeramente, la fórmula es como para perturbar el eterno reposo de Edmund Husserl. En segundo lugar y sobre todo, crea un malentendido, más aún, un obstáculo epistemológico y universitario. En la investigación en lingüística, se podrá desviar a los jóvenes de la cuestión de la cognición alegando que, puesto que las lenguas son creaciones culturales, es ilegítimo y peligroso querer «naturalizarlas». Lo que aquí es ilegítimo, y que lamentamos, es la dicotomía naturaleza vs cultura³, que, desde el momento en que se pretende aplicar a las actividades cerebrales, y muy en particular a las estructuras corticales, deja de tener fundamento. Me complace que en este mismo número de *Cuadernos de Filología Francesa*, Ángel López García insista en decir que, en lingüística, rechaza esta dicotomía.

En tercer lugar, hablar de «naturalización de la fenomenología» puede tener como consecuencia enmascarar una opción filosófica⁴. Pues, más que una adhesión reflexionada a la oposición diltheyana *Geisteswissenschaften vs Naturwissenschaften*, el lingüista, como cualquiera, se dice que este pensamiento que nos permite acceder al conocimiento del mundo no puede, en absoluto, ser de la misma naturaleza que ese mundo. Que el pensamiento sea un proceso extremadamente rápido y que nuestra conciencia no pueda captar su funcionamiento, son rasgos que facilitan ese sentimiento egocentrado. No se trata de *naturalizar* o *no naturalizar*, en este caso las lenguas, estas construcciones simbólicas, estos monumentos de la actividad cultural de los hombres, son *naturales* en tanto que son el fruto de un cerebro y de un cuerpo en actividad de diálogo. Cuando hablamos una lengua *x*, en el estado *y* de su evolución histórica, en un momento *t* de las operaciones de morfogénesis, el sentido es determinable y determinado cerebralmente, incluso si una causa es ella misma un efecto, incluso si se trata de un fenómeno en forma de bucle. «Ustedes naturalizan: ustedes son reduccionistas»: bajo el paraguas de un antireduccionismo mal definido, se introduce o mantiene un espiritualismo dualista en la cuestión del lenguaje.

1.3. Facultad de ciencias vs facultad de filosofía y letras

Las facultades de filosofía y letras no son facultades de *ciencias*⁵. Esa división del saber parece una evidencia tanto para las instituciones como para muchas mentalidades. Esta fabricación de compartimientos es tan antigua que

³ Se encontrará un eco de mi desacuerdo con F. Rastier en *Dialogue en Texto!*: <http://www.msh-paris.fr/texto/>

⁴ Hay sin embargo excepciones: Jean Petitot que construye una *Physique du sens* (Petitot 1992) habla de *Naturaliser la phénoménologie* (Petitot 2002).

⁵ La denominación menos tajante «facultad de letras y de ciencias humanas (o sociales)» no modifica sustancialmente esta cuestión.

rara vez se pone en tela de juicio. Incluso, en los países en donde la tradición filosófica no es prioritariamente cartesiana, se ven, ahí, facultades ligadas a objetos de la *res extensa*, allá, facultades que toman por objeto la *res cognitans*. Pero la emergencia de lo que llamamos las «ciencias cognitivas» cuestiona el divorcio de las facultades. En el momento en que la política europea tiende a considerar las Letras como el peso muerto de las universidades y que la enseñanza de las Ciencias atraviesa una crisis, las investigaciones sobre la cognición son de tal naturaleza que revalorizan las disciplinas que tocan, por una parte, los aspectos semióticos e históricos de las artes plásticas y de la literatura, y, por otra, la filosofía y la lingüística, ya que no podremos estudiar, desde el punto de vista de su funcionamiento neuronal, los objetos culturales que son las lenguas haciendo abstracción de la masa de información y de análisis acumulada por los lingüistas de formación literaria. Es cierto, no obstante, que ver las ciencias de la cultura a partir de las ciencias de la naturaleza ofrece la posibilidad de producir otras teorías de la literatura y de la lingüística. Pero incluso suponiendo que los «literatos» sigan manteniéndose en enfoques más tradicionales, los neurobiólogos, los neuropsicólogos, los matemáticos, los físicos, indispensables para el desarrollo de las ciencias de la cognición, tienen imperativamente necesidad de los saberes producidos por los filósofos, los literatos, los lingüistas, los profesores de arte y de historia. No hablemos de la reducidísima minoría de investigadores que, en nuestros países, han recibido una formación de matemático o de físico y posteriormente de lingüista, pero observemos que comienzan a implantarse itinerarios mixtos para la nueva generación. Subrayemos que nuestros países también establecen medidas ministeriales «incitativas», como por ejemplo en Francia la operación *Cognitique* (Fuchs 2002). Antes de que las reorganizaciones de las disciplinas se instauren, sería importante que se instile en los estudiantes y docentes un espíritu de respeto y de curiosidad recíproco entre científicos y «los que no lo son o se dice que no lo son» con el fin de que, en ciencias cognitivas, den sus frutos colaboraciones interdisciplinarias duraderas.

La filosofía, en particular, tiene un papel capital que jugar situando las problemáticas en su marco histórico. Sabemos que las investigaciones sobre la cognición desarrolladas en la actualidad por las ciencias cognitivas han sido precedidas por las teorías del conocimiento elaboradas por las diversas corrientes filosóficas. He recordado al principio del artículo que las ciencias cognitivas reconocen una filiación. Las últimas corrientes se saben deudoras de la fenomenología. Por tanto, a los jóvenes investigadores en lingüística cognitiva les interesa, para esclarecer su propia andadura y eventualmente inflexionarla, conocer principalmente las aportaciones de Husserl y de sus herederos gestaltistas. A este respecto, quienes como yo hemos sido formados en la psicomecánica de Gustave Guillaume por Mauricio Molho, después por el mismo

Gustave Guillaume en los años 60, ignorábamos que ésta podía ser descendiente de la fenomenología⁶ o estar muy próxima a ella. El pensamiento dominante era, en la universidad francesa y sobre todo en París, el materialismo dialéctico, que tenía poca estima por todo lo que era asimilable a un idealismo, aunque fuera trascendental. El mismo Piaget, en su libro *Sagesse et illusions de la philosophie*, 1967, no nos animaba a leer a los fenomenólogos y en particular a Merleau-Ponty⁷. Ha sido necesario esperar a la generación siguiente para que los lingüistas guillaumianos establezcan explícitamente este vínculo (Monneret 1996, 2003⁸). Si la fórmula de la «naturalización» me parece crear obstáculos, no puedo dejar de reconocer que la psicomecánica del lenguaje y la neurosemántica epistémica están relacionadas con la fenomenología. Por frecuentar a estos autores y a los de la *Teoría de las formas semánticas*, ahora calibro con más tino aquello de lo que nos hemos privado y establezco mejor los puentes que acercan mis proposiciones teóricas a las investigaciones que, aunque de forma crítica, se dicen explícitamente estar inspiradas en Husserl, Gurwitsch, Cassirer y Köhler (Cadiot y Visetti, 2001, Rosenthal y Visetti, 2003, y en este mismo número de revista), a pesar de que para mí haya contado más el remontar trascendental kantiano que la experiencia vivida de Husserl.

2. De la psicomecánica a la neurolingüística analítica

2.1. Lo que se mantiene

Se mantiene esencialmente el mismo objeto, es decir, la semántica de los elementos gramaticales sobre el fondo de una doble indistinción: los morfemas no son menos semánticos que los lexemas, la sintaxis no es menos semántica que la semántica. Se mantiene igualmente la idea guillaumiana fundadora de un tiempo *constructor* de formas semánticas, idea que el autor de la lingüística psicomecánica situaba en la línea del pensamiento de Humboldt a quien, efectivamente, parece deber su concepción dinámica de los objetos de la lingüística. Es en el marco de ese remontar trascendental -marcado por el antiguo prefijo de la palabra *ana-lítica*, o como decía Guillaume, en una *linguistique d'amont*- en donde una neurosemántica analítica sigue avanzando. Como consecuencia de ello, esta nueva teorización mantiene un concepto correlativo, fundamental, el de *posición*. Somos conscientes -aunque mínimamente, dada la rapidez del fenómeno- del tiempo que requieren nuestras enunciaciones y del lugar, en el

⁶ Precisamente cuando Merleau-Ponty era de esos filósofos que no desconocían a G. Guillaume.

⁷ El acercamiento que estableció el filósofo más marcado por la psicomecánica, André Jacob, fue entre dos constructivismos, el de Piaget y el de G. Guillaume (Jacob 1970).

⁸ Véase también la filiación establecida por Á. López García (López García 1989: 42-47).

enunciado, de los elementos significantes. Sin embargo, se nos escapa totalmente lo que tiene *lugar* antes de esta operación de linearización.

En una y otra teoría se considera que, en un acto de enunciación, la génesis de un enunciado no consiste en una linearización de unidades ya hechas y disponibles, sino que, de procesos dinámicos, emergen morfemas o palabras cuyos valores dependen del momento y del lugar de emergencia, los cuales dependen del «ver discursivo» (Guillaume 1929, etc.). Como se diría en la actualidad, de esta manera Guillaume rendía su tributo al principio de prioridad de lo global sobre lo local. Idea cercana: el muy agustiniano *Nihil est in lingua quod non prius fuerit in oratione* de Benveniste que es también un pensamiento guillaumiano. Psicomecánica del lenguaje y neurolingüística analítica son pues dos teorías que se orientan hacia una modelización topológica. Guillaume se refería ya a Poincaré para caracterizar su método como *analysis situs*, nombre que la topología recibía en esta época (1900). Construidas sobre un terreno allanado desde Kant a Husserl, psicomecánica del lenguaje y neurolingüística analítica son tal vez las dos primeras proposiciones topológico-dinámicas, necesariamente rudimentarias, del *morphological turn* del que los trabajos de René Thom y de Jean Petitot (1992) siguen siendo en Francia la ilustración capital.

Así pues, lo que se ha mantenido pasando de la psicomecánica del lenguaje a la neurosemántica epistémica es el concepto de «tiempo operativo», es decir, el tiempo de un proceso de *construcción* del sentido, tanto en la producción como en la recepción-interpretación. Aunque no haya jugado ningún papel heurístico, recurriré a una presentación metafórica porque pude constatar que lingüistas no guillaumianos o no preocupados por cuestiones de morfogénesis tenían dudas en concebir la escala y el lugar de estas operaciones, y porque palabras que empleo, como «protoobjeto», habían podido inducir a creer que hablaba, como en gramática comparada o en topología, de protolingüística o, más erróneamente aún, que me situaba en una teoría de la prototipicalidad. El elemento *proto-* no proviene de ninguna de esas corrientes de investigación, y caracteriza, para mí, un estado⁹ dinámico de operaciones, realizadas en milésimas de segundo y en el presente¹⁰ mismo de un hablante en actividad de lenguaje. A pesar de la enorme diferencia de escala temporal, es con la geología¹¹ con

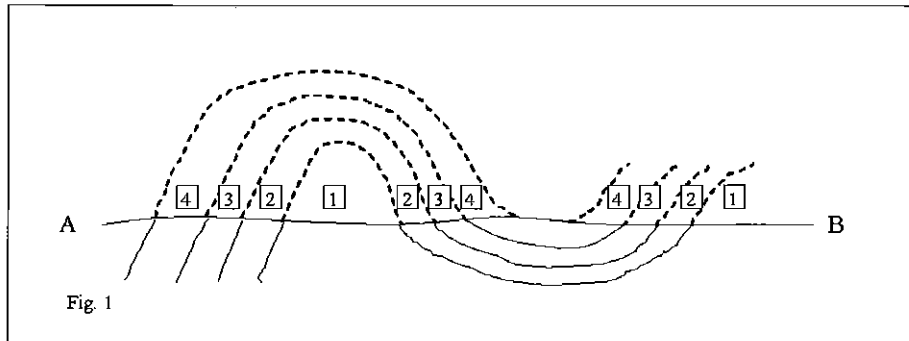
⁹ Estado de menor diferenciación que puede ser considerado como *primero* en una morfogénesis entendida como proceso de desarrollo.

¹⁰ Utilizo esta palabra en el mismo sentido que V. Rosenthal en psicología del lenguaje; véase su artículo de este número de revista. Este presente, lugar fenomenológico por excelencia, ha sido tematizado por A. Jacob en filosofía de la psicomecánica del lenguaje como «instant du loquor» (Jacob 1967).

¹¹ Recurrir a la metáfora de la arqueología, como había hecho Freud, sería, evidentemente, igualmente justificado.

la que estableceré una comparación. Este paralelismo –insisto– es válido tanto para la teoría de G. Guillaume como para la neurosemántica epistémica.

Observemos un anticlinal y un sinclinal después de la erosión.



Si nos desplazamos de A a B en línea recta, encontramos sucesivamente las capas 4, 3, 2, 1, 2, 3, 4, 3, 2, 1. Por tanto, afloran a la superficie capas de distinta profundidad y, por consiguiente, de dataciones diferentes. *Mutatis mutandis*, así sucede en el momento de un acto de enunciación. Cuando partimos de A, atravesamos la capa 4 *antes* de la 3. Pero, la 4 se ha constituido *después* de la 3. De esta manera ocurre en una actividad de lenguaje. El camino es la enunciación, la erosión que nivela es la linearización. Lo que hace, por ejemplo, que en *no te la quiero prestar mi bici*, haya sido necesario que, PRIMERO, un sustantivo femenino, que se refiere a un objeto y no a dos, haya comenzado suficientemente a emerger para que, SEGUIDAMENTE, pueda decirse *la*, que sin embargo PRECEDE a *bici*. Estas cuestiones de linearización no son nuestro objeto en este momento. Lo que queremos poner de relieve es un fenómeno que la linearización oculta aún más, y que escapa totalmente a nuestra conciencia. Se trata de la «profundidad» de *prestar*, es decir, del *momento* de diferenciación en el proceso de morfogénesis, generador de este infinitivo. Otro momento: otra profundidad, la del futuro *-no te la prestaré*.

Cualesquiera que sean los momentos o profundidades de los constituyentes de un enunciado, éste los coloca a todos en un mismo nivel, aunque son profundidades diversas las que forman directamente la superficie. La línea de la escritura borra aún más la diversidad de las profundidades constitutivas.

La neurosemántica analítica, como la psicomecánica del lenguaje, es una teoría morfogenética, puesto que trata de decir algo sobre la *formación de las formas*

lingüísticas. En un primer análisis, intenta determinar la posición de las mismas, es decir, su momento en este proceso microgenético. La tesis principal, que era ya la de Guillaume, es, en efecto, que una palabra o un morfema identificables en un enunciado son el resultado de una operación de construcción y que emergen, en el enunciado, con *grados diversos de acabado*:

Mais pour le linguiste, et les fins qu'il poursuit, cette image optima du temps¹² est un instrument insuffisant. Son défaut vient précisément de sa « perfection ». Ce qu'elle offre au regard, c'est du temps déjà construit en pensée, si l'on peut s'exprimer ainsi, alors que l'analyse demanderait qu'on vît du temps en train de se construire dans la pensée. Il est concevable, en effet, que pour s'introduire profondément à la connaissance d'un objet, cet objet fût-il le temps, point ne suffit de le considérer à l'état achevé mais qu'il faut de plus, et surtout, se représenter les états par lesquels il a passé avant d'atteindre sa forme d'achèvement. (Guillaume, 1929: 8)

Sólo al llegar a su término, la operación de engendramiento libera las formas en su estado de máxima distinción. Así, si nos referimos al sistema del tiempo, un «objeto tiempo» únicamente esta plenamente construido en las formas llamadas «indicativo», las cuales «indican» claramente tres épocas distintas: el pasado, el presente, el futuro. Esta diferenciación máxima, cuando se ha postulado que las *formas* son lo que resulta de operaciones de *formación*¹³, es decir de *morfogénesis*, nos lleva a concluir, en este caso, que el modo indicativo es el estado de construcción máxima del objeto tiempo. Las formas denominadas «no acabadas», *recorrer*, *recorriendo*, *recorrido*, son incapaces, por ellas mismas, de indicar una época. No hacen nada más que puntuar un proceso situado en una época cualquiera. O estamos ANTES del proceso, considerado como potencial *-recorrer-* o estamos DURANTE *-recorriendo-* es decir, en el desarrollo mismo, o estamos DESPUÉS *-recorrido-* una vez concluido el proceso. Un espacio sólo se ha *recorrido* si anteriormente existió la previsión de *recorrerlo*. Así se dibuja una operación de formación del objeto tiempo que, como toda operación de construcción, sólo desemboca en el tiempo *stricto sensu* cuando se alcanza el final de la operación. El objeto tiempo plenamente construido es capaz de evocar épocas, no es así en un primer instante de dicha operación. Entre estas dos etapas de construcción, se perfila un estadio intermedio. Constituyen las tradicionalmente llamadas formas

¹² G. Guillaume acaba de decir que si pensamos en el tiempo, tendremos la imagen del pasado y del futuro de un lado y del otro del presente.

¹³ Esta cita se encuentra en un capítulo titulado: «Les instants caractéristiques de la formation de l'image-temps». El objeto tiempo es concebido por Guillaume bajo la *forma* de una «imagen».

del modo subjuntivo¹⁴. El criterio determinante que permite interpretarlas como etapas entre las formas no acabadas y las formas acabadas es que carecen de autonomía sintáctica: *lo sabré* puede constituir una proposición independiente, mientras que no es así en **lo sepa* o **lo supiera/se*. La capacidad sintáctica siendo proporcional al avance de la morfogénesis semántica, y teniendo en cuenta lo que precede, el orden de la *formación de las formas verbo-temporales* es por tanto el siguiente: 1) infinitivo, **yo poder*; 2) subjuntivo, *yo pueda* (posible pero incompleto); 3) indicativo, *yo podré* (autónomo). Este orden de generación fue llamado orden «*cronogenético*»¹⁵ por G. Guillaume, que al parecer fue el primer lingüista en haber pensado que el *tiempo*, en sus formas lingüísticas, requiere una génesis en el instante mismo de su enunciación. Así, concibiendo los «modos» como las etapas sucesivas de la construcción del objeto «tiempo», los ha caracterizado por el valor temporal que, en función de su momento operativo, son aptos para liberar: I) tiempo *in posse*, II) tiempo *in fieri*, III) tiempo *in esse* (Guillaume 1929). Lo que da claramente a entender que el *ser* de un objeto no es algo dado, sino que debe ser construido. Tal es el *constructivismo* de la psicomecánica del lenguaje. En este plano fundamental, ningún cambio entre lingüística psicomecánica y neurolingüística analítica. Ambas son lingüísticas cognitivas *fenomenológicas*, por oposición a las teorías objetivistas tales como la lingüística *cognitivista*.

2.2. Lo que cambia de la psicomecánica del lenguaje a la neurolingüística analítica

Primeramente son los presupuestos filosóficos. Decíamos que Guillaume desarrollaba una esquematización en el marco de un espiritualismo dualista. En cambio, «*neurolingüística*» subraya una posición monista.

La *psicomecánica* del lenguaje propone «esquemas» de tipo kantiano. En Guillaume, la cronogénesis es la operación de construcción de «la imagen-tiempo». En el acto de lenguaje,

¹⁴ En español, las formas que emergen entonces pueden parecer indicar épocas «pasadas», «presentes», «futuras», pero, de hecho, se refieren a la época indicada por la proposición principal. En el francés actual se dice, *je voulais que tu VIENNES* como se dice *je veux que tu viennes*. Traduciendo palabra por palabra: *querría que VENGAS* como se dice *quiero que vengas*. Un infinitivo, un subjuntivo, etc., que sea español o francés, tiene una misma posición o momento en su correspondiente sistema temporal. Las diferencias de valores y de funcionamiento que, de una lengua a otra, pueden observarse no residen en una diferencia de la forma de la operación cronogenética sino en la variación de los parámetros de dicha operación.

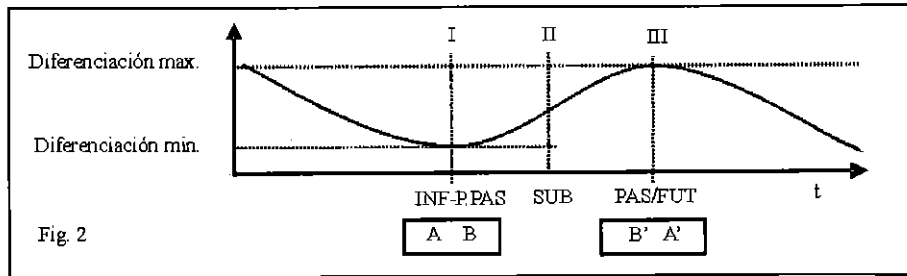
¹⁵ *Cronogenético* significa «relativo a la génesis del tiempo»; del tiempo significado por las formas verbo-temporales y no del tiempo microgenético «operativo», decía Guillaume- necesario para la formación de estas formas.

el «pensamiento», especie de sujeto trascendental, *ve e intercepta* lo que en él se construye. Como se dice en lingüística guillaumiana, estas imágenes, de las cuales el sistema verbo-temporal libera los diversos estados, dan lugar a «*captaciones*». Considerando las operaciones de construcción del sentido como procesos neurónicos, la noción de imagen, tal y como la concebía Guillaume, me pareció dudosa y, por tanto, sólo tuve en cuenta el concepto de *tiempo operativo*. Consecuentemente, orientaciones que estaban presentes en el sistema guillaumiano, aunque ocultas o contradichas, se hicieron patentes. No retomaré aquí lo que me ha parecido contradictorio y no pertinente en el modelo de Guillaume (Toussaint 1983), me limitaré solamente a las transformaciones y explicitaciones que el postulado monista me permite aportar. Del esquema guillaumiano, por extrañía que parezca, no se puede desprender un orden que forme sentido, es decir, la secuencia pasado → presente → futuro, en el momento de la finalización de la microgénesis del tiempo. Sin embargo, al principio de la operación de construcción de las formas temporales, Guillaume establece, aunque más claramente en el texto que en la esquematización, la relación de orden: infinitivo → participio presente → participio pasado. Cada una de estas formas sólo tiene sentido por la posición que ocupa en la relación de orden. En una teoría de los procesos complejos, dinámicas logran crear orden, y este orden da sentido a los elementos que emergen; es este orden el que va a determinar sus valores de uso en el momento de la enunciación. De ahí la fórmula: el *sentido* es una cuestión de *sentido*, que juega con las dos acepciones de la palabra *sentido*.

Por tanto, el conjunto de la operación cronogenética es un fenómeno de basculación, el lugar de inversión puede ser localizado en el momento de la construcción de las formas del subjuntivo, es decir, a medio camino. Al principio de la operación, tres formas se ordenan. Al término, estas tres formas se presentan en orden inverso. Pero *ipso facto*, en el transcurso de la microgénesis, estas tres formas experimentan una *evolución*. En su *desarrollo*, han pasado de un estado de diferenciación mínima {infinitivo (A) → *participio presente* → participio pasado (B)} a un estado de diferenciación máxima {pasado (B') → *presente* → futuro (A')} (del indicativo), sea la operación quiasmática $AB \rightarrow B'A'$. Si la forma media, llamada «*presente*» es igualmente un umbral de inversión -el participio pasado es el inverso del infinitivo y el futuro el inverso del pasado¹⁶- entonces, el proceso morfogenético tiene, en un primer análisis, una forma oscilatoria. Invierte dos parejas de inversos polares. Esta microgénesis es pues representable por medio de una curva sinusoidal¹⁷:

¹⁶ Para justificaciones, ver Toussaint (1972, 1983).

¹⁷ Esta curva, *sinusoidal*, representa un fenómeno oscilatorio. Es un modelo físico-matemático. *Nota bene*: este modelo no sale de la fig. 1, la cual es únicamente un corte geológico que aquí utilizo como metáfora. Recordemos que un proceso oscilatorio no es necesariamente una forma *sinuosa*, petrificada como en geología, o como la de una serpiente desplazándose, ni tampoco la del balanceo de un péndulo. Puede ser un medio pasando alternativamente de un mínimo a un máximo de heterogeneidad.



¿Esta forma matricial en donde se invierte, cambiando de estado¹⁸, una pareja de inversos, sería constitutiva sólo del sistema verbo-temporal? Es muy poco probable. Ya Guillaume, partiendo de la idea de que el pensamiento opera por vaivenes entre lo universal y lo singular, trató de ver este doble movimiento en la raíz de toda estructuración «en lengua». Lo llamó «esquema bitensorial» o «tensor binario radical». La estructura del sistema del artículo es, según él, un tensor binario. Movido por una intención de generalización legítima, pensó que el esquema verbo-temporal también era un tensor binario, pero cuya segunda tensión bifurcaría. Sin embargo esto conlleva, por una parte, inconsecuencias teóricas y, por la otra, dificultades para ver homologías entre los dos sistemas que más han retenido su atención. Lo que pone en tela de juicio la radicalidad de este esquema, y por tanto la proposición maestra de la modelización en psicomecánica del lenguaje.

Con respecto a la neurosemántica analítica, ésta nos induce a ver, en el sistema del artículo, un proceso quiasmático, por tanto cíclico, como el del tiempo verbal, y en donde, de forma similar, se identifican dos polos. La relación de orden del tensor binario guillaumiano, *un* → *el*, es entonces únicamente el polo de diferenciación máxima¹⁹, es decir el homólogo del modo indicativo. La doble homología polar es: los valores «específicos» del artículo son con respecto a los valores «genéricos»²⁰ lo que el indicativo es en relación con las

¹⁸ Entre estos dos polos hay estados intermedios. El estado medio es el lugar de generación de los subjuntivos (SUB). La variación de estado está en la ordenada y en la abscisa el tiempo «operativo» de esta morfogénesis, aquí la de las formas verbo-temporales. El guión entre infinitivo y participio pasado recuerda que la diferenciación es mínima, la barra oblicua entre pasado y futuro del indicativo que es máxima. AB → B'A' subraya el quiasmo operado cuando hay paso del estado I al estado III. Contrariamente a lo que se dice, el quiasmo no es jamás una forma estática. Es siempre un proceso de inversión.

¹⁹ Solamente entonces se puede hablar estrictamente de *un* como «indefinido» y de *el* como «definido». Este último puede tener, en tanto que elemento segundo, un valor anafórico.

²⁰ Otro sistema oscilatorio conexo hace que la genericidad sea a lo específico lo que los nombres «masivos» a los nombres «contables», lo que nos ayuda a ver los lazos existentes entre diferenciación, heterogeneidad y discontinuidad.

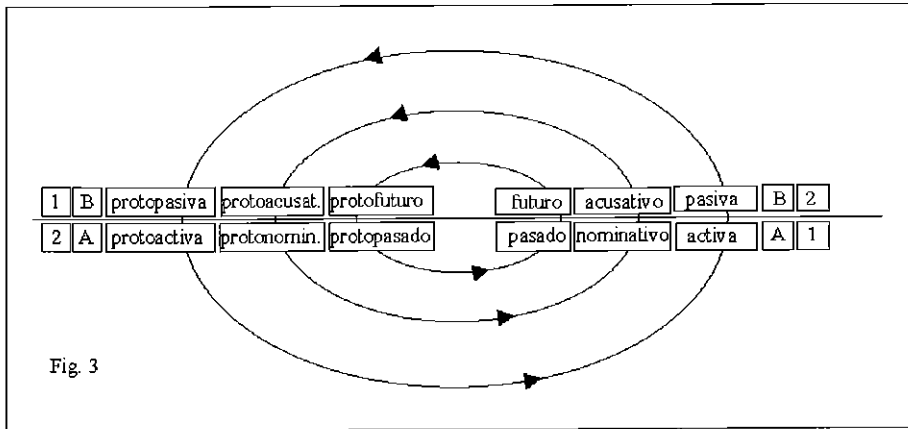
formas verbales no acabadas. Podemos verificar que pasando de un estado a otro, el orden de la pareja de inversos se invierte: *el* sólo emerge como ulterior de *un* en los substantivos referidos a objetos discretos. Para los mismos objetos tomados como género, o para los objetos no discretos, el orden de aparición es *el* → *un*. Es decir, que, en éstos, *el* (*la*) es el primer término de la relación de orden *-el agua-*, mientras que para aquellos, el término primero es *un* (*una*): *un/a gato/a*. En sistemas más centralmente implicados en la predicación, la relación de orden tiene efectos semántico-sintácticos de primera importancia. Así es en el sistema casual. El modelo oscilatorio de la neurosemántica analítica ofrece esta ventaja, la de poder vincular a razones morfogenéticas generales el funcionamiento de base de las lenguas llamadas ergativas²¹ en su relación con las denominadas acusativas. Sigamos pues un razonamiento hipotético-deductivo. En el sistema temporal lo que más fácilmente accede a la conciencia es la asimetría pasado → futuro. Ésta se corresponde, en el sistema casual, con la asimetría nominativo → acusativo²². Por tanto, si un polo protofuturo → protopasado (infinitivo-participio pasado) ha podido ser identificado, esto nos obliga a postular su homólogo topológico-dinámico, es decir, un protoacusativo, primero, y un protonominativo, segundo, que serían pues, en un estado de mínima diferenciación, la inversa de la pareja nominativo/acusativo. Ahora bien, se puede mostrar que estas formas deducidas existen efectivamente, y que son lo que se ha llamado, respectivamente, un absolutivo y un ergativo. Entonces, se comprende mejor el funcionamiento de estas dos formas casuales principales de esas lenguas, porque habremos definido mejor la relación topológico-dinámica que existe entre ellas y las dos formas casuales fundamentales que conocen las lenguas indoeuropeas. Un único ejemplo a modo de aclaración. Se comprenderá -lo que los especialistas no plantean incluso ya como pudiendo constituir un problema²³- por qué, en nuestras lenguas llamadas acusativas, cuando hay un sólo actante aparece una forma, la cual tendrá valor de agente si hay dos actantes, mientras que, en las lenguas ergativas, la forma casual de base para los verbos monoactanciales es la que tiene valor de paciente cuando hay dos actantes. Éstas son, según el modelo sinusoidal, consecuencias sintáctico-semánticas de la topología quiasmática de la matriz morfogenética en el momento de la emergencia de las formas: lo que es primero en un polo se convierte en segundo en el polo opuesto, y lo que es segundo se transforma en primero. Este modelo oscilatorio o quiasmático nos hace ver homologías que determinan las capacidades de los morfemas en cuestión. El acusativo se define como segundo en el polo de diferenciación máxima. En el

²¹ Doy las gracias a Joaquín Garrido Medina por haberme orientado hacia los trabajos de R. M. W. Dixon, (Dixon 1972, 1994). La ergatividad es un fenómeno que no sólo concierne a los casos. Aquí, sólo consideraremos la manifestación casual.

²² Ciertamente me fundo en un principio morfosemántico antifilmoriano. Los casos son indisociables de su morfología. El objeto es entonces definible como eso hacia lo que el sujeto dirige la mirada, eso hacia lo que tiende, pero que le niega poniendo *ob-stáculo*.

²³ No es un problema, se ha convertido en una definición: las lenguas ergativas tratan al actante único y al paciente de los verbos biactanciales de la misma manera, mientras que las lenguas acusativas tratan al actante único como al agente de los verbos transitivos.

polo opuesto, de diferenciación mínima, el término primero será pues necesariamente un protoacusativo, que una tradición relativamente reciente, y difícilmente instalada, llama «absolutivo». Esta forma casual, por muy extraña que sea para los hablantes de las lenguas llamadas acusativas, es de hecho un homólogo del infinitivo. La neurosemántica, en lugar de aislar el fenómeno de la ergatividad²⁴ en el capítulo de las rarezas²⁵ o de adoptar la mirada al menos condescendiente de los lingüistas europeos del siglo XIX, modifica radicalmente el enfoque: hace del absolutivo -pero ocurre lo mismo con su ulterior, el ergativo- una posición previsible en el seno de un proceso cognitivo central de forma quiasmática. Por tanto, resulta que el absolutivo (el protoacusativo) mantiene con el acusativo la misma relación que el infinitivo con el futuro, lo que resume, entre otras cosas, el siguiente gráfico²⁶:



²⁴ Anotemos que no hay que confundir ergatividad con ergativo. La ergatividad, en el plano casual, es lo que concierne a la pareja absolutivo-ergativo. Un enunciado que no contenga el *caso* llamado ergativo puede ciertamente constituir un *caso* de ergatividad.

²⁵ Aunque algunos lingüistas han observado que en nuestras lenguas había también lugares de ergatividad. El modelo oscilatorio, por su parte, nos invita a verlos, por ejemplo, en enunciados tales como *la escuchaba hablar*, en donde *la* es acusativo de *escuchar* pero protoacusativo de *hablar* (la tradición dice «sujeto del infinitivo»). Esto es más claro aún en latín *Scit neminem nasci sapientem sed fieri*. El infinitivo atrae al acusativo hacia la posición de homólogo del infinitivo; por tanto, al tomar, por sinergia, un valor de protoacusativo se asemeja a un «sujeto» de infinitivo.

²⁶ Esta esquematización orbital es una metáfora visual que hace ver mejor las homologías y los fenómenos de atracción que he llamado hasta el momento *sinergias*. Esta metáfora es lícita ya que no cambia nada en las relaciones dinámicas y topológicas que constituyen el modelo sinusoidal (fig.1). *NB*: escalas y concentricidad son convencionales. En cuanto al sentido de la revolución orbital, lo es, claro está, igualmente. Se trata simplemente de la esquematización de un proceso cíclico, productor de oscilaciones quiasmáticas, ABBAABBA... y, por tanto, de relaciones de orden significantes. (Si cambiáramos el orden de revolución, habría que invertir lo que está escrito encima y debajo del umbral de inversión, y esto no cambiarla estrictamente nada).

Este modelo sinusoidal, presentado aquí bajo forma orbital, tiene valor de generador. En consecuencia, permite prever y verificar que si estas lenguas conocen un sistema de voces, éste será fundamentalmente el inverso del nuestro. Así pues, si una pasiva, en español por ejemplo, confiere a un nominativo un valor de acusativo - siempre según un principio de sinergia que hace que un ulterior ulteriorice un anterior en un sistema conexo- entonces, en estas lenguas, una voz necesariamente proactiva²⁷ conferirá a un protoacusativo (el absoluto) un valor de protonominativo (el ergativo) (Toussaint 1995).

Todo esto, aunque rápidamente esbozado y de forma parcial, para dejar entrever que sistemas tan diferentes a primera vista como el del tiempo verbal, el del artículo y el de los casos manifiestan una misma forma quiasmática en sus estados extremos polares. ¿Podemos ir más lejos en la comprensión de esta isomorfía?

2.3. La neurosemántica analítica, una neurosemántica epistémica

2.3.1. De la cognición lingüística

Una lingüística que trata de conocer la forma matricial del sentido que emerge, en un momento de estabilización suficiente, de procesos dinámicos complejos de carácter neurónico, y de los que el sujeto hablante no tiene conciencia, es una lingüística cognitiva. Recuerdo que denomino *epistémica* a la que propongo para que, bajo el término *cognitiva*, no se entienda erróneamente *cognitivista*. La denomino *epistémica* igualmente por una razón ya enunciada, y que desarrollo en este momento prosiguiendo con la problemática de los casos.

Los sistemas de los casos son explícitamente procesos lingüísticos que entran en un cuerpo a cuerpo con la cognición. Para decirlo primeramente de forma aproximada, como se dice corrientemente, sólo puede existir conocimiento, evidentemente, de un objeto por parte de un sujeto, bien entendido que este objeto puede ser una cosa, un ser, uno mismo o, más fenomenológicamente, un objeto «intencional», palabra que Brentano toma de los escolásticos, quienes trabajaron con traducciones del árabe. En cuanto a «Sujeto» y «Objeto», son conceptos forjados y remodelados por la Filosofía antes de pasar a la Gramática. A esta relación sujeto/objeto es a la que llamo *conflicto epistémico*, ya que el conflicto no es exclusivo del momento de la adquisición de la permanencia del objeto (Piaget 1937). En diversas situaciones de nuestra vida y en un

²⁷ Llamada un poco desafortunadamente «antipasiva». En cuanto a la voz fundamental, los especialistas tienen dificultades para denominarla, tras haberla llamado simplemente «pasiva».

primer análisis, o dominamos al objeto o somos dominados por él. Esta inversión de la dominación -un quiasmo por tanto- no parece haber impulsado a los filósofos, a los psicólogos o a los psicoanalistas, a una crítica terminológica, ya que siguen hablando simplemente del sujeto y del objeto. Por mi parte, utilizo «sujeto/objeto» cuando el primero domina al segundo y «protosujeto-protobjeto» en la relación inversa. Esta inversión va acompañada de un cambio de estado, la pareja sujeto/objeto sólo emerge en el momento de diferenciación máxima, indicada por la barra oblicua, protosujeto-protobjeto, en el momento de diferenciación mínima, marcada por el guión. Esto no sólo es más preciso, sino que contiene una crítica de nuestra intuición, de buen grado egocentrada, en la que se fundan las filosofías de la consciencia y de la subjetividad: el «sujeto» hablante no es siempre un sujeto, incluso cuando dice *yo*, y tampoco somos *sujeto* cuando un objeto nos domina. El quiasmo casual es la explicitación lingüística del quiasmo epistémico: protoacusativo-protonominativo *vs* nominativo/acusativo, es la forma lingüística de la matriz epistémica protobjeto-protosujeto *vs* sujeto/objeto. La cognición no está solamente antes o alrededor de lo lingüístico, está en el núcleo de los sistemas lingüísticos. Si efectivamente es así, lo que acabamos de exponer acerca del sistema casual no puede no encontrarse en el sistema verbo-temporal del que hemos partido, así como en otros sistemas.

Por tanto, ¿en qué la pareja infinitivo-participio pasado (protofuturo-protopasado) es la forma temporal del estado epistémico protobjeto-protosujeto? Recordemos que, inversamente a la pareja pasado/futuro, aquella no discrimina las épocas. Este «tiempo» del estado de las *protoformas*, por ello mismo, porque es «poco tiempo», proporciona elementos «casi-nominales» y, en consecuencia, muy poco o en absoluto personales. Las protoformas señalan un tiempo interno a un acontecimiento expresado por el verbo, mientras que el indicativo nos propone «la imagen» de un tiempo «exterior» a los procesos²⁸. ¿Qué significa esto en el plano cognitivo? Con la relación de orden infinitivo-participio pasado tenemos un sujeto dominado por el tiempo, más precisamente, un prototiempos dominando a un protosujeto. Este prototiempos, el tiempo «implicado» de Guillaume, es de hecho el aspecto, estado fenomenológico del tiempo, en donde «tiempo» y «sujeto» no son vistos como disociados plenamente. Es lo que dice el concepto de *aspecto* y su étimo: «el aparecer de un «objeto» en la percepción que de éste tiene un «sujeto»»; es decir, el *fenómeno* como *espectáculo* producido por la díada protobjeto-protosujeto. Este prototiempos, porque es dominante, señala las situaciones posibles de un señalado, el protosujeto,

²⁸ Guillaume denominaba tiempo «implicado» «al tiempo que el verbo retiene en sí por definición» y tiempo «explicado» «al tiempo divisible en momentos distintos -pasado, presente, futuro [...]». (Guillaume [1933] 1964). Para mí, en el estado de diferenciación mínima, domina el tiempo implicado.

el cual puede decirse que está situado *antes* de la acción, con el infinitivo, *durante* la acción, con el participio presente, *después* de la acción, con el participio pasado, y esto sin distinción de épocas.

A la inversa, en el indicativo, modo del tiempo objetivista -«explicado», decía Guillaume- se opera una disociación entre el objeto tiempo y el sujeto. El sujeto, dominando al tiempo *stricto sensu*, es entonces el señalizador que discrimina las épocas, señalizadas, «indicadas», en donde los tiempos del *indicativo* son los lugares (temporales) en los que las acciones se alojan. El quiasmo epistémico prototiempo-protosujeto *vs* sujeto/tiempo se articula así: un protoobjeto, *coger*²⁹, puede resolverse en protosujeto, *cogido*, y después invertirse en sujeto, *cogió*, al cual se opone un objeto, *cogeré*.

El estudio de los casos nos ha incitado a buscar, en el tiempo gramatical, la presencia de la matriz protoobjeto-protosujeto *vs* sujeto/objeto. Ello nos ha llevado a poner el acento en una diferencia dinámica entre los polos de la oscilación: una pareja en relación diádica, *coger-cogido*, dos signos marcando los dos límites *de un solo y único proceso* - traducción semántica de un estado de menor diferenciación- se invierte, si la diferenciación se hace máxima, bajo la forma de una pareja en relación dicotómica, con solución de continuidad, *cogió/cogerá*, dos signos para dos procesos disjuntos.

Para que la homología esté asegurada, nos es necesario encontrar esta diferencia dinámica en el sistema causal. La constatación general es que las lenguas denominadas de sintaxis ergativa son sensibles a diversos factores bien identificados que obstaculizan el funcionamiento del ergativo o, más globalmente, el de la ergatividad. Se habla entonces de *ergativity split*. La tesis que defiende es que aquí tenemos indicios de la menor diferenciación de la pareja de inversos absoluto-ergativo. Se trata, por tanto, de compatibilidad y de atracción entre sistemas dinámicos. Si factores contradicen el estado diádico de esta pareja de protoformas, descalificada, ésta no emerge. Si en la jerarquía de Silverstein³⁰ se interpretan los pronombres, sobre todo el de 1ª y 2ª persona, como los morfemas más diferenciados que existen, se comprenderá que *tiendan* a ser incompatibles con el polo de diferenciación mínima. El hecho de que ciertas lenguas sean sensibles y otras menos o en absoluto a un determinado factor, esto no supone excepciones embarazosas; se trata de problemas de gradiente. Lo que aquí importa es que sean los pronombres los que generen la emergencia de las formas, y los

²⁹ Si Guillaume encuentra con su fórmula lapidaria, «le temps naît dans le futur», el pensamiento de San Agustín es bajo el efecto del infinitivo, forma protoobjetal. En cuanto a los dos estados subjetales del tiempo, *cogido* y *cogió*, pertenecen al orden de lo vivido.

³⁰ Jerarquía que lamentablemente sigue siendo interpretada en términos de economía (Dixon 1994: 85).

nombres la de las protoformas, y no a la inversa (Dixon 1994: 84, 86). Como ejemplo, el caso del *dyirbal*, cuyos nombres son tratados por el polo de las protoformas -entonces es el ergativo el que recibe la marca de la ulterioridad -*Kgu*, mientras que los pronombres de 1ª y 2ª persona requieren el polo opuesto de las formas, siendo, por tanto, el acusativo el que, ulterior, está marcado por -*na*. Hablar de *split* -sobre todo traducido por *ruptura*- es excesivo e indica que la relación entre estas lenguas y las nuestras no ha sido suficientemente comprendida, es decir, como relación entre los estados bipolares de un proceso oscilatorio inscrito en cada lengua. Lo que hay únicamente es un tránsito de un polo a otro de una oscilación. ¿Se habla de «split» cuando se pasa de *voy a hacerlo a lo haré*?

El tiempo o el aspecto constituyen otros dos factores que determinan un hecho bastante común: el ergativo sólo aparece cuando el verbo está en pasado, cuando es perfectivo o marcado como tal. Pasado o perfectividad implican que ha habido o que hay *unción* entre dos actantes. El imperfectivo, por ejemplo, que marca una *disjunción*, tiende a no poder recurrir a la pareja conjunta protoobjeto-protosujeto (Toussaint 1997: 428). Numerosos hechos que van en este sentido han sido registrados (Lazard 1994). He aquí uno de los más significativos para quien no frecuenta estas lenguas. Por ejemplo, el *warrangu* considera *buscar* como el imperfectivo de *ver*. Por consiguiente, la pareja de la conjunción de actantes aparecerá con *ver* pero no con *buscar*. Podemos enunciar la sinergia de la manera siguiente: dado que el ergativo es al absoluto lo que el perfectivo es al imperfectivo, entonces es el perfectivo el que tendrá tendencia a atraer a su homólogo el ergativo:

<i>pamangkū</i> hombre-ERG un hombre vió/ve	<i>yuri</i> canguro-ABS un canguro	<i>nyakan</i> vió/ve-PROTOPASIVA
<i>pama</i> hombre-ABS un hombre buscó/busca	<i>yuriwu</i> canguro-DAT un canguro (a)	<i>nyakakalin</i> vió/ve-PROTOACTIVA

Con el valor imperfectivo *buscar*, puesto que el ergativo no puede emerger, es necesario recurrir a la voz protoactiva, homóloga del protonominativo -alias el ergativo-para que, por sinergia (ulteriorizante, véase fig. 3), el absoluto -es decir, el protoacusativo- pueda valer un ergativo.

Así, factores diferentes, imperfectivo-perfectivo o nombres/pronombres personales, evidencian una oposición bipolar de diferenciación, tanto en el sistema

casual como en el del tiempo verbal. Y en este caso como en el anterior, cuando esta oposición es mínima produce conjunción, y siendo máxima disjunción. Este mismo fenómeno se puede observar en otras operaciones morfogenéticas. El análisis del artículo, esbozado más arriba, muestra que esta pequeña palabra también nace del mismo molde epistémico. Como en el tiempo verbal, como en los casos de declinación, encontramos dos estados de cohesión que remiten a dos estados objetales, los objetos *stricto sensu* que llamamos «contables» y los protoobjetos que son los «no contables», los «abstractos» o los contables cuando se les considera únicamente en su aspecto cualitativo («genérico»). Correlativamente, en éstos últimos, *un* difiere poco de *el*-es el sentir de la Real Academia cuando decía que la diferencia entre estos artículos es poco sensible en *un/el soldado español no se rinde fácilmente a la fatiga*- mientras que, en los objetos *stricto sensu*, es decir, cuando emergen del polo de diferenciación máxima, uno no se puede utilizar en lugar del otro; por ejemplo: *Un soldado entró. Después de una mirada rápida, el soldado se me acercó*, pero no sería un enunciado correcto: **El soldado entró. Después de una mirada rápida, un soldado se me acercó...* Aunque aquí fuera necesaria una argumentación más fina (Wilmet 1997), podemos adelantar que, cualquiera que sea el sistema, ha actuado la matriz epistémica protoobjeto-protosujeto vs sujeto/objeto, matriz caracterizable por la inversión quiasmática y la variación del grado de diferenciación. Si la forma *crucial* de los procesos cognitivos es el quiasmo, entonces los sistemas lingüísticos tienen la forma de la cognición. Es el régimen de motivación más integrante (Toussaint 2003).

2.3.2. Tiempo constructor y microgénesis werneriana

No se puede defender que, en el sistema del artículo guillaumiano, exista un tiempo «operativo» que sea verdaderamente constructor, puesto que haciéndonos pasar de *un* a *el*, el tensor binario, que estructura el sistema, nos hace ir de lo universal a lo singular, «tensión I», y de éste a lo universal, «tensión II». Sólo la tensión I es constructora ya que es particularizante. Además, nada podemos decir del estado global del tensor portador de la pareja *un/el*, en la medida misma en que no podemos, en Guillaume, situarla con respecto a otro estado del mismo sistema. Al contrario, en el sistema verbo-temporal, es claro que el tiempo operativo es constructor de formas. Es un tiempo de morfogénesis³¹. Asimismo, el creador de la psicomecánica del lenguaje habla explícitamente de «cronogénesis» para caracterizar esta formación de la «imagen-tiempo», cuyos modos puntúan el avance. En consecuencia, la teoría guillaumiana

³¹ No obstante, es necesario anotar que este término no aparece en su obra con el sentido que encontramos en Thom y Petitot. Guillaume únicamente denomina morfogénesis a las operaciones consecutivas a la *lexigénesis* en el momento de la (micro)génesis de la palabra.

contempla ya un proceso de diferenciación progresiva. Esto se hace más claro aún y más coherente en la teorización que propone la neurosemántica epistémica, la cual entrevé que «toda forma» está in-formada por una matriz morfogenética protoobjeto-protosujeto vs sujeto/objeto, y no solamente por esta semioscilación que es el vaivén guillaumiano $U1 \rightarrow S \rightarrow U2$. Dejando al margen esta crítica, si nos limitamos al esquema verbo-temporal y al espíritu general de la psicomecánica del lenguaje, se impone entonces un paralelo entre la obra de G. Guillaume y la de Werner. Un estudio circunstanciado sería necesario. En esta ocasión, sólo remitiré al artículo de Victor Rosenthal en este mismo número de *Cuadernos de filología francesa*. La convergencia es sorprendente. Las proposiciones que V. Rosenthal utiliza para caracterizar la obra de Werner convienen perfectamente a la de Guillaume³². Parecería como si el lingüista hubiese descubierto, gracias a una reflexión teórica acerca del valor semántico de diversos morfemas, fenómenos similares a los que el psicólogo, próximo a los gestaltistas, descubrió por vía experimental. Tenemos aquí, evidentemente, un elemento importante de corroboración de la teoría guillaumiana, la cual ha dado los primeros pasos decisivos en el establecimiento de una génesis de las formas lingüísticas en el transcurso de un tiempo microgenético, llamado por Guillaume «tiempo operativo». Es también el indicio de una filiación más que probable: el pensamiento filosófico alemán de Kant a Husserl, por un remontar trascendental, ha abierto un espacio en donde, antes de que se instalasen las ciencias cognitivas, se adentró la *Gestalttheorie*, y Gustave Guillaume, desde el inicio del siglo XX.

No teniendo que comentar aquí el estudio de V. Rosenthal, partiré sin embargo de uno de los experimentos que él trae a colación para mostrar qué interpretación puede dar un lingüista procedente de la psicomecánica del lenguaje, siempre que no le detenga lo que detuvo a G. Guillaume³³ o el uso que Bernard Pottier hace del modelo sinusoidal. A condición también que previamente haya pensado «pareja sujeto-objeto no aún plenamente constituida» allí donde Guillaume pensaba «universal», y pareja «sujeto/objeto» en donde él veía «singular». Igualmente, siempre y cuando haya leído *Théorie des formes sémantiques* (Cadiot & Visetti 2002) y algunos estudios anteriores de Pierre Cadiot. El test es el siguiente: un paciente al que se le presenta subliminalmente la palabra *puro*, no logra decir que ha visto esta palabra; sin embargo pronunciará *cáncer* o *humo*. La neurosemántica epistémica permite prever, por vía no experimental, que un tiempo de exposición demasiado breve vaya a tener el mismo efecto que una «captación precoz», según la terminología guillaumiana, y nos conduce, en este caso,

³² Tengamos presente la referencia que he hecho a *Temps et Verbe*, 1929, p.8.

³³ Acerca de la cuestión del paso de una semántica gramatical a una semántica léxica, véase la tesis, que será publicada por L'Harmattan, de Stéphanie Thavaud-Piton, *Sémantique lexicale et psychomécanique guillaumienne*, 2002, <http://www.marges-linguistiques.com/>

a la siguiente hipótesis³⁴: *cáncer*, *humo*, *puro* parecen efectivamente marcar las etapas de una operación microgenética que va de lo menos a lo más objetal. Aquí, *Cáncer* dice, en su relación con la palabra *puro*, un protoobjeto para un protosujeto, dicho de otra manera, la no discriminación por un sujeto de un objeto «puro». *Humo* no es tampoco muy objetal, ya que, aquí, el puro sólo está poco dissociado de un fumador. En una definición global, podremos decir de *cáncer* y de *humo* -con grados diferentes, puesto que *humo* parece implicar un protosujeto en vías de convertirse, por inversión, en sujeto- que son palabras «fenomenologistas» en la medida misma en que, microgenéticamente, son anteriores a la dicotomía sujeto/objeto, en donde se define *puro*, palabra con vocación «objetivista»³⁵. *Aktualgenese* y tiempo operativo guillaumiano, aunque por vías opuestas, ponen de manifiesto operaciones microgenéticas de constitución de los objetos (semánticos).

2.4. Neurolingüística epistémica y ciencias de la cultura

2.4.1. Encuentro con la teoría de las formas semánticas

Recordemos la cita del comienzo de este artículo: para conocer profundamente un objeto, «aunque este objeto sea el tiempo», no es suficiente con captarlo «en el estado acabado», es necesario ante todo «representarse los estados por los que ha pasado antes de alcanzar su forma acabada». La psicomecánica del lenguaje es ciertamente una teoría de la constitución de los objetos. En 1933, Gustave Guillaume, en el muy célebre número de enero-abril del *Journal de psychologie*³⁶, se encontraba junto a Ernst Cassirer, que había titulado su artículo «Le langage et la construction du monde des objets». Este es, alusivamente, el trasfondo intelectual que nos impulsa aún hoy, y que unía a estos dos grandes autores marcados por el pensamiento de Humboldt y, probablemente, uno y otro, por la filosofía trascendental desde Kant hasta Husserl. Una teoría de la constitución de objetos intencionales, la psicomecánica, decíamos que sólo lo es plenamente con el establecimiento de un esquema verbo-temporal, en donde pueda identificarse un proceso de diferenciación. Interpretando los sistemas lingüísticos como procesos oscilatorios que invierten las orientaciones

³⁴ Es comprensible que V. Rosenthal, en tanto que experimentador, se abstenga de tal especulación, incluso si se puede ver en ella una hipótesis de trabajo, ya que en el caso mencionado convendría precisar el protocolo y corroborar el test por medio de numerosas otras experimentaciones del mismo tipo.

³⁵ Ello en relación con *cáncer*, pues *puro*, como potencialmente toda palabra, puede desarrollar valores de protoformas.

³⁶ Actualmente en Guillaume (1964) y en Pariente (1969), en donde se recoge también el texto de Cassirer.

que dan sentido a las parejas polares -tanto si el concepto de ruptura de simetría es operativo como si no lo es-, la probabilidad de avanzar hacia una *física del sentido* es mayor de lo que lo era con los esquemas guillaumianos. Y al mismo tiempo, nos encontramos más aún en presencia de una teoría de la constitución de los objetos. Así pues, tratando de hacer de la lingüística una ciencia de los basamentos neurológicos del sentido, he aquí que marchamos al unísono con investigadores tales como, en Francia, P. Cadiot, Jean Lassègue³⁷, Y.-M. Visetti, que reconocen en el pensamiento del filósofo alemán una de sus herencias, e inscriben la *teoría de las formas semánticas* en la línea de *La philosophie des formes symboliques* (Cassirer [1953] 1972).

Prosiguiendo en este artículo mi respuesta a François Rastier, mi primera argumentación será la siguiente: este *encuentro* nos proporciona una prueba de que las definiciones neurologizantes no dan necesariamente la espalda a las «ciencias de la cultura» (Rastier y Bouquet 2002). En este caso, van en el mismo sentido.

Los guillaumianos han trabajado en semántica gramatical. Cadiot y Visetti, tomando por objeto los lexemas, se vinculan directamente al antiobjetivismo de la fenomenología. Asimismo, no otorgan, como se hace generalmente aún, el primer lugar, el único lugar, al valor referencial de las palabras. Si bien que en una primera lectura -por tanto reductora-, me parece que *motivo*, *perfil* y *tema* son homólogos de *in posse*, *in fieri*, *in esse* de Guillaume. Esta analogía se pone de manifiesto en el hecho de que, cuando estos autores quieren hacer entender lo que es un *motivo*, recurren a menudo a infinitivos (véase en este mismo n° de revista), que se encuentran en posición *in posse* en la terminología guillaumiana. Esto pone de relieve el aspecto fenomenológico del análisis propuesto. Desde los primeros aprendizajes, no conocemos un objeto, 'muro' por ejemplo, como una cosa en sí y exterior a nosotros sino en una distinción mínima entre el objeto y el sujeto; lo aprehendemos en una práctica que construye *aspectos*: un muro es eso contra lo que nos hemos chocado, eso que nos ha protegido, eso que nos separa de los otros, etc. Así, la operación de constitución y los valores que ésta produce y que la puntúan se ubican necesariamente en *l'amont* [antes] de una objetividad³⁸ plena. En autores como P. Cadiot y F. Lebas (2003: 20), así como en el artículo de Cadiot y Visetti de este mismo número de *Cuadernos*, la palabra *amont* se repite, palabra que era ya fundadora y recurrente en la obra de Guillaume, término que no constituye un truismo, de tanto como la lingüística nos ha habituado a situarnos en *aval* [después] de los fenómenos. La analogía sería, más exactamente, la siguiente: el motivo es al tema lo que las protoformas -en este caso, el modo «casi nominal»- son a las formas *stricto sensu* -en este caso, al modo indicativo.

³⁷ En Lassègue (2003) encontraremos un paralelismo esclarecedor.

³⁸ En el sentido de Daria Toussaint (2002).

Esta operatividad desde el motivo hasta el tema es lo que de entrada seduce al lingüista proveniente de la psicomecánica del lenguaje. Sin embargo, Y.-M. Visetti ve sobre todo en *motivo, perfil y tema* algo como estratos, como una simultaneidad de regímenes dinámicos, a pesar de que la sustitución frecuente de *perfil* por *perfilaje* indica una orientación poco reversible. Son los perfilajes de los motivos los que dan lugar a los temas, mientras que el tema no puede desembocar, por perfilaje, en un motivo. De cualquier manera, en semántica de las formas, en psicomecánica, en neurosemántica epistémica, no es el estado primero del sistema el que determina el todo de los valores: el *motivo*, «germen» tan débil como sea posible, sólo puede *motivar*. Si hay determinación es por la forma general de la matriz, es decir, por el proceso microgenético en su totalidad, que queda por definir en el marco de los sistemas dinámicos complejos. Pero, según mi parecer, tal y como se presenta actualmente la teoría de las formas semánticas, dibuja ya el porvenir de la lingüística de inspiración guillaumiana.

La neurosemántica epistémica, por su parte, ha sido sensible a dos tipos de procesos de construcción objetal. Gracias a Paulo de Carvalho (De Carvalho 1993) pude constatar (Toussaint 2002) que el sistema de las declinaciones (de la 5ª a la 1ª), a semejanza de los grupos verbales («3º», 2º, «1º»), pondera los estados de objetividad³⁹. ¿Res, un objeto? ¡No!, un protoobjeto. Protoobjeto también, ese plural del neutro reinterpretado como femenino singular: *folia*>*hoja*. Todas las estrategias son buenas para tender a conservar sólo las declinaciones más «objetivistas» y, en más de una lengua románica, los acusativos casi únicamente. Esta lenta constitución, en el tiempo histórico, de una objetividad más exclusiva se oculta bajo el concepto negativo de «declive de la declinación».

Una palabra permite a menudo detectar el camino recorrido desde un polo epistémico al otro, tal es el caso de *θεωπέ*, «acción de ver (un espectáculo)», «contemplación», que se forma en el estado protoobjeto-protosujeto mientras que, al llegar a nuestras lenguas románicas actuales, *teoría* se moldea únicamente en el polo sujeto/objeto. Se suele decir que palabras como *reconocimiento* tienen un uso objetivo -el reconocimiento de un territorio o más objetal aún el de un objeto-, lo que significa que un sujeto reconoce un objeto, mientras que del empleo, «expresar su reconocimiento hacia alguien», se dice que es «subjetivo». Esta palabra es indicio de que sólo se ve una cosa en lingüística: el sujeto y el objeto, es decir, los miembros del único polo que accede fácilmente a la conciencia. En el polo inverso, no hay sujeto, tampoco objeto, y,

³⁹ Los verbos del 3º grupo son con respecto a los del 1º lo que el modo «casi nominal» es al indicativo. Me expreso con la terminología tradicional. En neurosemántica, constitutivamente, el 3º es el 1º y el 1º es el 3º.

por tanto, ni objetivo ni subjetivo *stricto sensu*, sino un protosujeto, que aún no se disocia plenamente de un protoobjeto en el sentimiento mismo del reconocimiento que aquel tiene de éste. El dominio que el protoobjeto tiene del protosujeto es aceptado en el gesto mismo de la gratitud. Este reconocimiento del corazón se funda en este polo de las protoformas cuya existencia difícilmente se reconoce.

Con la vista, el más objetivista de los sentidos, un objeto exterior tiene que ser disociado para ser reconocido por mí. En el polo de las protoformas, los dos miembros epistémicos forman una pareja conjunta, que desune el polo inverso de las formas. Esta afirmación de una objetividad creciente en el transcurso de la historia -en el transcurso de una evolución *cultural*, ¿no es así?- no contradice los análisis de Cadiot y Visetti, cuando basándose en el fenómeno de la polisemia y particularmente en el de los valores metafóricos, sacan a la luz una anterioridad constitutiva de ese estado «acabado», llamado «sentido propio» o «sentido primero». Nos encontramos ante el mismo tipo de constructividad, pero una tiene un modo de aparecer histórico, mientras que el otro queda escondido en su microgenetismo. Vistos desde la neurosemántica epistémica, los valores llamados metafóricos no son solamente «subjetivos». Por su posición en el polo fenomenológico, dicen, no que un sujeto enfoca un objeto -una *lluvia de insultos* no es una lluvia- sino que impresiones protoobjetales nos asaltan como cuando hemos tenido la experiencia de ser protosujeto bajo la lluvia. Estas impresiones permanecen ahí reactivables, de hecho no por *metá-foras* sino por exhumación.

Con respecto a otro fenómeno, el paso de una lengua ergativa a una acusativa y viceversa (Dixon 1994), la neurosemántica epistémica se inclina a interpretarlo de la manera siguiente: hay oscilaciones en el tiempo de la historia de las lenguas porque los sistemas susceptibles de cambio son, ellos mismos, en el nivel microgenético, procesos oscilatorios. ¿Despliegue histórico de los procesos cerebrales?

Gramaticales o léxicas, ciertas semánticas parecen orientarse hacia una interpretación de la polisemia como momentos de un fenómeno microgenético de diferenciación. Nos queda, en lingüística como en otros campos de investigación, por rizar el rizo EVO DEVO, es decir, tratar el desarrollo únicamente en relación con la evolución (véase López García, en este n°. de revista) e inversamente.

2.4.2. Quiasmo microgenético y forma quiasmática de la cultura

La teoría de las formas semánticas, en la medida en que se sitúa en la línea de la filosofía de las formas simbólicas cassirianas, se presenta como una ciencia de la cultura. No obstante, su preocupación por los sistemas dinámicos complejos indica

que no se aparta por ello de los imperativos de las ciencias cognitivas. Esto se debe a su inscripción, igualmente reivindicada aunque de forma crítica, en el campo de las investigaciones gestaltistas, caracterizadas por su monismo o, al menos, por haber sostenido que hay isomorfismo entre los hechos culturales y los naturales, en el marco de una teoría de los campos.

Mi andadura es otra, no tiene otro fundamento ni otro punto de partida que una oposición filosófica al dualismo guillaumiano del significante físico y del significado afísico, como he indicado al principio de este artículo. Ella me conduce a una constatación, posteriormente a una reivindicación. La constatación: un proceso lingüístico, a una escala muy pequeña (Toussaint 1995, 2003), tiene la misma forma quiasmática que esos hechos que puntúan, a gran escala, la historia de las artes, de las ideas, y que tienen por parangón la «revolución copernicana»⁴⁰. Su forma general: no es AB sino B'A'. No hay investigador, no hay inventor de formas, que, cuando tiene el sentimiento de haber dado un paso decisivo, no lo caracterice como una inversión de la cuestión. Es el único mérito que se atribuye. Hasta en los recovecos más oscuros de la investigación o de la invención, el autor dirá que ha puesto las cosas al derecho. Primeramente interpreté este isomorfismo como una corroboración. Estos acontecimientos culturales son ciertamente momentos clave de la actividad cognitiva, del *pensamiento productivo*. No hay dudas de que tienen forma quiasmática⁴¹. Las inversiones de inversos semánticos que pone de relieve la neurosemántica epistémica toman así cuerpo al no ser las únicas en el campo de la cognición. Es posible que no sean una ficción ni el efecto de una esquematización excesivamente simplificadora. En cuanto a los acontecimientos efectivamente identificados por la historia y la epistemología, su valor se modifica al relacionarse con otros acontecimientos isomorfos no perceptibles por estar situados en otra escala totalmente distinta. Así parecería, en este punto, que los ciclos, largos o cortos, de la historia son como el despliegue en un tiempo macroscópico de microfenómenos quiasmáticos. Pero esto no es más que una intuición de lingüista que no trata de ver en los objetos simbólicos una forma que invertiría la proposición lange-haekeliana de una ontogénesis como recapitulación en miniatura de la filogénesis. La neurosemántica me plantea esta cuestión.

⁴⁰ Véase la extensa cita de Hannah Arendt que Cadiot y Visette incluyen en su artículo de este mismo número.

⁴¹ Necesita un análisis detallado la relación entre los microquiasmos de la neurosemántica, la teorización de los hechos estudiados por Max Wertheimer ([1945], 1991) y los quiasmos merleau-pontianos. Con respecto al filósofo, véanse las referencias aportadas por G. Invitto en este número de revista.

En nuestro mundo de la innovación, estas *revoluciones* son cuantiosas en todos los campos. Antes de exponer el uso polémico que hago de ellas, presentaré dos o tres referidas al dominio de la lingüística. En los diccionarios o en las tesis clásicas sobre la polisemia se va del sentido propio hacia una especie de derivado, el sentido figurado. En P. Cadiot e Y.-M. Visetti, puesto que una operatividad está orientada desde los motivos hasta los temas -a pesar del concepto de estratos simultáneos-, si hay un sentido primero, éste es más bien el sentido «figurado». El sentido propio es un sentido de tematización acabada. No es el sentido figurado el que deriva del sentido propio sino éste el que deriva de aquel. Este quiasmo se opera por un remontar trascendental. De un mundo de *objetos ya ahí presentes* se pasa a un mundo de objetos por constituir y constituyéndose. El remontar fenomenológico nos ofrece, al descenderlo, la manera de seguir la operación de constitución de los objetos o, más bien, la operación de diferenciación de la pareja epistémica sujeto/objeto. Llamamos «primero» a lo que la conciencia consigue constatar. Es el mundo según los ojos, el mundo según el valor denominativo de las palabras: la pareja de la asimetría temporal pasado-futuro, la pareja de todos los contrarios. Así, se les colocará como «primero» a pesar de que este «contenido expuesto» viene de un «contenido inverso» menos diferenciado, el de los subcontrarios. Las diagonales marcan la relación quiasmática de éstos con los contrarios, y ello desde la figuración en cuadrado de las proposiciones aristotélicas hasta el cuadrado semiótico.

Escuchamos a menudo decir que la lingüística cognitiva carece de unidad. La tiene puesto que es a imagen de un proceso de diferenciación. Pero recorrido a la inversa ya que un mundo objetivista se nos impone en primer lugar más espontáneamente. Es, según la historiografía americana, el sentido centrífugo de los círculos concéntricos del esquema de Varela. En el centro y en primer lugar, el cognitivismo, teoría representacionista⁴². Asimismo, esta concepción objetivista ha marginado una concepción inversa, de tipo fenomenológico, hacia la que actualmente se remonta. La teoría de las formas semánticas es una manifestación de este movimiento.

En una teoría fenomenológica de la constitución de los objetos, la teoría guillaumiana, que establece un constructivismo trascendental, deja aún sentir el primado de las formas acabadas (Toussaint 1997). Es lo que implica el tensor binario guillaumiano del artículo. Dando un paso más en ese remontar trascendental, la neurosemántica epistémica despeja, lo que podríamos llamar

⁴² Si se observara el fenómeno con más atención, se verían círculos más cortos de inversión.

en términos guillaumianos *en amont* del bitensor de la psicomecánica, un bitensor inverso, en espejo. El fenómeno de constitución resulta entonces quiasmático, como lo es esa oscilación entre los dos perfiles y la crátera de la figura gestáltica.

Si un punto de partida neurologizante es capaz de sacar a la luz las isomorfías entre la micromorfogénesis de los sistemas semánticos de una lengua dada y la forma de los diversos avances culturales, no hay razón para condenarlo e instaurar un muro entre una ciencia filológica y una neurociencia cognitiva de las lenguas y del lenguaje. Y ¿es necesario, para justificar la reticencia y hacerla compartir, hablar aquí de naturaleza y allí de cultura (Toussaint 1983)?

Fue este isomorfismo mi objeto principal (Toussaint 1992, 1995), pero de él no hacía entonces un argumento -ahora es el segundo- para decir mi desacuerdo con cierta concepción de las ciencias de la cultura, ya que éstas, al menos en Francia, no se habían firmemente instalado en un pensamiento de la dicotomía.

Bibliografía

- Cadiot, P., Lebas, F.: «*Monter et la constitution extrinsèque du référent*» *Langages*, 150, 2003, pp. 9-30.
- Cadiot, P., Visetti, Y.-M.: *Pour une théorie des formes sémantiques. Motifs, profils, thèmes*, Paris, P.U.F., 2001.
- Cassirer, E.: *La philosophie des formes symboliques, 1. le langage*, Paris, Ed. de Minuit, [1953] 1972.
- De Carvalho, P.: «*Sur la grammaire du genre en latin*», *Evphrosyne, Revista de Filologia Clássica*, XXI, 1993, pp. 69-103.
- Dixon, R. M. W.: *The Dyirbal Language of North Queensland*, Cambridge, Cambridge University Press, 1972.
- Dixon, R. M. W.: *Ergativity*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.
- Fuchs, C., dir. del programa: *Cognitique 1999-2002, Action concertée incitative, Résumé des projets de recherche soutenus*, Paris, Ministère de la jeunesse, de l'éducation et de la recherche, 2002.
- Geneste, Ph.: *Gustave Guillaume et Jean Piaget : contribution à la pensée génétique*, Paris, Klincksieck, 1987.
- Guillaume, G.: *Temps et verbe. Théorie des aspects, des modes et des temps*, Paris, Honoré Champion, [1929], 1965, 1968.
- Guillaume, G.: *Langage et science du langage*, Paris, Québec, Nizet/P. U. Laval, 1964.
- Jacob, A.: *Les exigences de la théorie linguistique selon Gustave Guillaume*, Paris, Klincksieck, 1970.
- Jacob, A.: *Temps et langage. Essai sur les structures du sujet parlant*, Paris, Armand Colin, [1967], 1992.

- Lassègue, J.: «Note sur la construction des formes sémantiques en anthropologie et en linguistique : catégorisation linguistique, parenté, rituel», *Langages*, 150, 2003, 106-125.
- Lazard, G.: *L'actance*, Paris, P.U.F., 1994.
- López García, Á.: *Fundamentos de lingüística perceptiva*, Madrid, Gredos, 1989.
- Monneret, Ph.: *Pour une psychomécanique des pathologies du langage. Etude de neurolinguistique théorique*, vol. 2, Université de Paris IV, 1996.
- Monneret, Ph.: *Notions de neurolinguistique théorique*, Dijon, E. U. D., 2003.
- Petitot, J.: *Physique du sens. [...]*, Paris, Editions du CNRS, 1992.
- Petitot et alii.: *Naturaliser la phénoménologie. Essais sur la phénoménologie contemporaine et les sciences cognitives*, Paris, Editions du CNRS, 2002.
- Piaget, J.: *La construction du réel chez l'enfant*, Neuchâtel-Paris, Delachaux et Niestlé, 1937.
- Piaget, J.: *Sagesse et illusions de la philosophie*, Paris, P.U.F., [1965], 1968.
- Rastier, F., Bouquet, S., éd.: *Une introduction aux sciences de la culture*, Paris, P.U.F., 2002.
- Rosenthal, V., Visetti, Y.-M.: *Kölher*, Paris, Les Belles Lettres, 2003.
- Toussaint, D.: *Le classificateur chinois à l'oral*, Villeneuve d'Ascq, Presses Universitaires du Septentrion, 2002.
- Toussaint, M.: «Du temps et de l'énonciation», *Langages*, 70, 1983, pp. 107-126.
- Toussaint, M.: *Contre l'arbitraire du signe*, Paris, Didier Erudition, 1983.
- Toussaint, M.: «De quelques lieux de l'écriture», *Correspondance*, 4, 1995, pp. 9-22.
- Toussaint, M.: «Universalisme et universalité : pour une physique des cas», *Anuario de Estudios Filológicos*, XVIII, 1995, pp. 507-522.
- Toussaint, M.: «Pour une neurosemántica epistémica», *Anuario de Estudios Filológicos*, XX, 1997, pp. 425-437.
- Toussaint, M.: «Lettre à Michel Arrivé», *Le signe et la lettre. Hommage à Michel Arrivé*, Paris, L'Harmattan, 2002, pp. 431-439.
- Toussaint, M.: «Analogiques», *Le mot comme signe et comme image : lieux et enjeux de l'iconicité linguistique*, *Cahiers de linguistique analogique*, 1, 2003, pp. 331-350.
- Varela, F.: *L'inscription corporelle de l'esprit. Sciences cognitives et expérience humaine*, Paris, éd. du Seuil, [1991], 1993.
- Wertheimer, M.: *El pensamiento productivo. Cognición y desarrollo humano*, Barcelona/Buenos Aires, Paidós, [1945] 1991.